

De la escritura a la muerte

Quizás no se extraña recibir una invitación a conocer y a leer un libro de alguien como José de la Fuente, hombre que experimenta con pasión los remolinos y torrentes de la historia. Su complemento es el espíritu crítico a que somete el vivir y la lectura, las ideas tanto como las actuaciones de sí mismo, en primer lugar.

He aquí un libro suyo, un libro de poemas: amasijo de historias decisivas. De un lago, la íntima, sofocada por el entusiasta ensueño y severo despertar, porque al igual que muchos otros, José de la Fuente ha sido sorprendido por la disolución de antiguos pregones y lemas, aquellos que nos ilusionaron mediante palabras tan prestigiosas como endebles: novedades, progreso, futuro, cambio, revolución. Historias del corazón y de la vigilia, también, porque las versiones y matices de las épocas transcurren, pero no agotan el ímpetu veraz de convicciones y descubrimientos que, desde lo más humano, se desea: solidaridad, lealtad, honradez, superación de los prejuicios. Lo bueno que tiene la memoria poética es su capacidad de eludir prolijidades numerosas y fealdades majaderas de arrogantes actualismos. El poema puede constituirse en un lugar de encuentro, en ese principio de alba cuando dos, cuando tres, cuando tantos acepten la ocasión de hallarse en lo más decisivo y hondo: vivir. ¿Cómo no agradecer a los poetas — esos buenos para nada, porque pueden ser esenciales —, despertarnos del letargo,

advertirnos las celadas de la rutina y precavernos de esclerosis? ¿Cómo no aceptar que en un verso puede estar un principio de consciencia, de fraternidad, de palabra como abrazo? En fin, ¿cómo vivir sin la nube y la luna, sin la tarde y el amor, sin la palabra enfierecida por el sufrimiento y sin la sorpresa de una perspectiva que mueve al mundo?

A José de la Fuente lo he sabido siempre como alguien inteligente. Además, es hombre ilustrado — que no escuchan los posmodernistas —, pero sobre todo, es persona que se esfuerza por acercar el corazón al mundo. Si lo logra o se enfría, no me corresponde juzgarlo. Esa tarea le está reservada a otro. Pero este viaje "De la escritura a la muerte" es el fruto que desea compartir con nosotros. Cada una de las cartas que componen esta baraja de su obra está precedida de la ponderación clásica de la palabra DEL, porque sabe el poeta que no le es posible hablar de la totalidad de ninguna experiencia o aspecto humano. Es así que comparecen el silencio, la muerte, el amor, la contravida, la poesía, la contingencia. Ninguno de esas ni de esos le ha faltado a sus años. Convencido de estar jugándose la dignidad del vivir en cada uno de los frentes de los días, nuestro autor afronta este fin de siglo con la palabra más acorde a lo humano: la poética. Y es que, ya refugio, ya osadía, el habla más genuina del ser humano es la poesía. Entre charcos o cielos, los pics del espíritu buscan decidirse

por lo más intenso, por lo más vivificantes, para atreverse así a confirmar la perduración de sus latidos y propósitos.

*"Te había abandonado
quise olvidarte
quise tomar el rumbo de la
espuma
salir tierra adentro
y segar el trigo
pero los vientos de la
altura
devolvieron mi memoria
y no supe qué hacer
entre cómo ganarme la
vida
y el llamado de tu
corazón"
(Había dejado de escribir)*

Y ganarse la vida en el caso de un poeta y de un profesor, como lo es José de la Fuente, significa entregarla, modificar sus porfiados yerros y asestar a la mentirosa apariencia un golpe de conjuro. Para tales labores la palabra es el sitio en donde el júbilo y el réquiem hallan sus medidas. Y es que los hechos, los meros hechos, representan una consumación temprana y fatal. Por eso nos urge la palabra, pues en ella y por ella, los gestos que encierran al ser pueden aliviarnos hasta algún otro. Si la palabra poética no existiera — es sólo un decir —, moriríamos de frío, de dictamen categórico. Como en toda obra, ésta acepta poemas más felices que otros en sus logros convincentes. Escogemos uno: "Fluir".

*"Salí temprano
a recorrer sus calles.
Aún dormían a costillas
del sol"*

*Ver los árboles
saludar su plaza.
Y recuerdo el farol
donde besé tus ojos.
Pretexto
para comprobar mi sangre.
Y recuerdo el farol
con sus hielos oscuros.
Y el naranjo
con azahares de cristal
Nada permanece
soy en otro pueblo".*

Poco importa si un libro es simbolista o surrealista, si se lo clasifica como americanista, universalista o aldeanista. Poco me importa. Un libro de poemas es un fragmento de lo humano que tiembla o arde, que ama o enfierece, que amplía el mundo y fraterniza con quienes somos, hemos sido o podremos ser. Me interesa un libro que no escabulla los imposibles y que su belleza la depara entre denuncias y anuncios mediante palabras que alguien busca sembrar en otros ojos. Si he de decir lo que previero en este libro, diré que es su lucha en contra de la morbosidad nihilista de nuestra época; diré que son sus desgarraduras que no aceptan aliviarse con optimismos obligatorios; pero diré, sobre todo, que lo muerto de un mundo descalabrado no termina de imponerse, porque el a pesar de todo se lo impide. ¿No es esto suficiente para que Uds. lean el libro?

por **Juan Antonio Massone**
(de la Academia Chilena de la Lengua)

De la escritura a la muerte [artículo] Juan Antonio Massone

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De la escritura a la muerte [artículo] Juan Antonio Massone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa